

*Memorias de mi viaje a Celestún, marzo de 2009. Nota: Los nombres de los personajes que aparecen en mis memorias son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

“Nos tenemos que ir porque el sol no espera...” esas fueron las palabras con las que Verena me obligó a comer el último bocado de mi delicioso tercer tiempo. El postre y el café serían los que esperarían en esta ocasión. No podíamos perdernos la puesta del sol ya que era el evento más importante de nuestro segundo paseo.

El primer paseo fue intenso y, para mi, lleno de descubrimientos. Las lanchas llegaron por nosotros a la playa del hotel. Recorrimos un buen tramo siguiendo la costa y la primera parada fue para observar aves. Era una parvada de gaviotas que se daba un festín sobre algunos desechos abandonados por pescadores. Entre una cantidad considerable de gaviotas Alex, nuestro guía, logró distinguir una gaviota gris. La historia es que es un individuo perdido y nadie sabe cómo llegó al mar caribe, ya que esa especie vive en Sudamérica. Por más que arrugué los ojos, estiré el cuello, me expuse dos veces a caer en el mar e hice todo lo posible por tratar de enfocar los binoculares prestados, tuve que conformarme con “saber” que, entre todas esas aves, había una distinta que es objeto de fascinación de los biólogos.



Seguimos nuestro camino hacia *Cambalam* pero antes nos detuvimos para observar nuevamente otro grupo de aves. En esta ocasión descansaban sobre la arena. Había muchas aves de diversas especies: pelícanos, gaviotas y aves de picos rojos, amarillos y naranjas por doquier. Los observadores de aves estaban muy emocionados, no soltaron los binoculares ni las cámaras y aprovecharon para incrementar su ya extenso conocimiento sobre las mismas. Mi cerebro inexperto logró captar algunas palabras como *Royal* y *Sandwich*, lo que es un excelente indicador que, para futuros viajes,

tendré que documentarme más. Una de las cosas que mi cerebro logró retener es que las distintas especies no conviven entre ellas, pero se mantienen juntas para protegerse de los depredadores.



Llegamos a *Cambalam* y Alex nos platicó que encontraríamos piezas de barro, jade y obsidiana, que tendríamos total libertad para tocarlas, observarlas y hasta tomarles fotos. Nos insistió en que las dejáramos nuevamente en su lugar.

El jade y la obsidiana no son piedras de la región, así que las encontraríamos ahí porque *Cambalam* fue un puerto de comercio entre diversas culturas. La playa era completamente virgen.



Al bajar de las lanchas Alex nos dio una extensa explicación sobre 1) la diferencia entre el mangle negro, blanco y rojo, 2) los mecanismos que tienen dichas especies para desechar la sal, 3) el funcionamiento orgánico de cada especie y 4) la morfología de sus partes. También pidió que por favor tuviéramos la cortesía de no arrancar las hojas de los árboles por lo que, para constatar su grado de salinidad, terminamos -como instruidamente diría Gael- chupando los árboles como jirafas. Arrastrado principalmente por intereses meramente educativos, el ansia de conocimiento y la avidez por descubrir, Lorenzo arrancó una hoja de cada una de las especies para llevárselas a su casa. A Alex le agarró un tic en el lado derecho de la cara pero, después de repetir un mantra maya por algunos segundos, pidió que no arrancáramos más y emprendiéramos el camino de regreso las lanchas.

En el trayecto me tocó escuchar una plática adicional sobre la densidad y porosidad de las piedras, por lo que ahora entiendo que únicamente con piedras poco porosas y muy densas, como el pedernal, es posible producir una chispa para prender fuego. Me aventuré a preguntar el significado de la palabra *Cambalam* y Alex, con su inquietud por transmitir conocimiento, me explicó que *Cam* significa serpiente y *Balam* jaguar. Esto quiere decir que es la zona en que la serpiente y el jaguar se encuentran. La serpiente a la que hace alusión el nombre, es la serpiente yucateca. La serpiente yucateca y el jaguar son animales nocturnos. Los recorridos que hacían los comerciantes se hacían de noche... y de ahí deriva el nombre. También aprendí que los jaguares habitaban en los *petenes*, que son pequeñas islas de vegetación que se producen como resultado de la aparición de un ojo de agua.

Seguimos nuestro camino hasta el cementerio de los árboles petrificados. La explicación es que hace millones de años la presión de los ríos subterráneos rompió la tierra y formó lo que actualmente conocemos como ojos de agua (dulce). Ese pequeño espacio se convertía entonces en un oasis de vegetación ya que los mangles, adaptados a vivir en un ambiente altamente salino, al recibir agua dulce crecían desproporcionadamente del resto de los árboles.

Estas zonas con mangles de mayor tamaño al promedio, son lo que se conoce como *petenes*.



Con bases científicas se sabe que hace alrededor de 600 años la costa de Yucatán sufrió los embates de un huracán muy fuerte. Esto ocasionó que en algunas zonas de la costa la tierra se erosionara, lo que mezcló nuevamente el agua dulce con el agua salada. Los árboles de los *petenes* absorbieron una cantidad considerable de sal, lo que generó su muerte y petrificación. En ese momento Alex interrumpió abruptamente su ponencia al lanzar un grito de precaución, ya que Steve decididamente comenzó a explorar el área. Con lo que Steve no contaba es que estábamos rodeados de pantanos, por lo que dos inocentes pasos fueron suficientes para enterrarlo hasta las rodillas. Steve logró salir victorioso con las chanclas llenas de arena y unos cuantos cangrejos violinistas (*uka-ukas* para los conocedores) enganchados a las mismas. El evento, a mi parecer, fue afortunado ya que Steve tendrá oportunidad de contar a sus nietos su gallarda aventura en las arenas movedizas del norte de la península de Yucatán. El lugar estaba infestado de *uka-ukas* que, a simple vista, creaban un efecto de movimiento de la arena. Una vez que los ojos se adaptaban, era fácil y divertido distinguirlos.

Sobre los árboles petrificados observé un águila pescadora que descansaba y una iguana que tomaba el sol.



Seguramente los observadores de aves avistaron una mayor cantidad de "bichos", sin embargo mi visión no entrenada tuvo la capacidad de captar únicamente dos. Regresamos a las lanchas para seguir nuestro camino hacia la Ría. Nos detuvimos para ver el efecto que tiene el agua que brota de los manantiales dentro del mar. Ahí vimos más aves pero, para este punto del recorrido, mi memoria RAM ya estaba saturada.

Entramos a la Ría. Pregunté a Alex la diferencia entre las palabras "río" y "ría". Río es una corriente de agua dulce que baja de zonas más altas para llegar al mar. Ría es el sinónimo romántico que los españoles utilizaron para nombrar a los esteros. Estos son brazos de mar que entran a la tierra ocasionando que el agua salada y el agua dulce se mezclen. Una vez internados en la Ría nos dirigimos a lo que, para mí, fue el climax del recorrido: el avistamiento

de flamencos. Detuvimos los motores de las lanchas y procuramos ser prudentes en la distancia que tomamos.



Sin embargo otros turistas decidieron acercarse más de lo que nosotros consideramos "prudente", lo que ocasionó tremendo susto a las aves y su evidente huida. Lo triste de asustarlos es que la hembra tiende a soltar el huevo cuyo desarrollo le ha representado un gasto considerable de energía. Los flamencos únicamente producen un huevo por año (como los pingüinos), así que la pérdida del huevo significa el desperdicio inútil de recursos y la espera de otro largo año.



El silencio ocasionado por nuestras reflexiones personales fue disipado cuando Don Julio preguntó a Alex sobre las aves con mayor antigüedad en la tierra: ¿las águilas o los flamencos? Todos quedamos enmudecidos al escuchar la excelcitud del análisis que, con una aparente sencillez, llevó a Alex a asegurar que

las águilas llevan más tiempo sobre tierra que los flamencos.

Después de ese periodo de reflexión y análisis nos adentramos en uno de los canales del manglar.



El punto de salida era un ojo de agua habilitado para la recreación de los turistas de la zona. Los más inquietos del grupo probamos suerte y nos metimos a nadar.



Alberto, como todo trotamundos bien preparado, llevaba los implementos necesarios para no perderse un solo detalle de la majestuosidad del ojo de agua: unos codiciados *goggles azules* que tuvimos que compartir entre varios para, cuando menos, ver el borbotón debajo del agua.



Ya entrados en el ambiente de convivencia, comenzó la sesión de fotos en la que los dinámicos consejeros lucieron guapos y atléticos.



Después de un sabroso y merecido chapuzón subimos de nuevo a las lanchas. El hambre arreciaba, por lo que agradecemos infinitamente que Alex llevara unas ricas empanadas de jamón y queso y de queso *philadelphia*.

El recorrido terminó en la estación de embarque de los turistas. Tres camionetas nos esperaban para regresar al hotel a través de la ruta que atraviesa la salinera. Se nos recaló la importancia de seguir a la camioneta que nos guiaría ya que, de perdernos, podríamos quedar atascados y perdidos a la mitad de la nada. Los paisajes de la salinera son extraordinarios. Es prácticamente un desierto blanco... adonde quiera que uno voltea a ver la luz es cegadora.

Pasamos por una zona en la que encontramos gente trabajando. A pesar del consejo de no despegar la vista de la camioneta guía, los intrépidos consejeros decidieron llevar a cabo una sesión de fotos. El "capataz" puso a todos a trabajar para que en las fotos "salieran guapos". Definitivamente ese debe ser uno de los trabajos más pesados del mundo; el sol llega por todos lados ya que el piso es blanco... y además es corrosivo.



*Esta historia continuará con el recorrido al faro...*

Lo que me dejó un poco más tranquila, fue notar que debajo de una palapa los esperaban una buena cantidad de cervezas. Mientras el capataz daba instrucciones a los obreros, algunos aprovechamos para llevarnos unas rocas de sal como parte de nuestra colección de "objetos extraños".

Después tuvimos que buscar a la camioneta guía. Afortunadamente el chofer se dio cuenta de nuestra desaparición y a unos cuantos kilómetros nos esperaba... fuiiiii... ial menos yo me llevé tremendo susto! Finalmente llegamos al hotel y nos preparamos para comer. La comida estuvo deliciosa, pero fue interrumpida en su parte más dulce por Verena y su advertencia de encaminarnos para tener oportunidad de saborear una maravillosa puesta de sol.